

Eliana Otta

Por tu derecho a aburrirte

Mi primera ida al cine fue a ver *Allien* a los cinco meses de nacida. En realidad, a oírla, espantarme y llorar hasta que a mi mamá no le quedó más que salir de la sala y esperar a que mi papá acabe de verla. Desde chicas, mi hermana y yo fuimos confrontadas con lo que convencionalmente “no era para nuestra edad”. Nuestros padres no iban a dejar de hacer lo que querían o debían por nosotras, así que fuimos llevadas a todo tipo de reuniones, manifestaciones políticas y presentaciones artísticas. Jugamos en su oficina, le vendimos dibujos a sus colegas, correteamos en concurridos mítines y otras veces –muchas- simplemente nos aburrimos.

Con los años he ido agradeciendo esa exposición a estímulos fuera de tiempo, entonces incomprensibles. Al reencontrarme con ciertas películas o géneros musicales, con ciertos espacios de socialización y códigos culturales, me he sorprendido experimentando una familiaridad que me ha permitido acercarme y relacionarme más fluidamente que si los confrontara por primera vez. Mis padres, sin que yo fuera consciente, me acercaron a sensibilidades diversas. Hoy, sin embargo, el aburrimiento está subvaluado. Por eso pienso que urge reivindicarlo.

Esto contrasta con la energía y el dinero que en la actualidad los padres invierten en evitar que sus hijos se aburran. Obedientes a una sociedad que exige que nos divirtamos a toda costa. Un ímpetu celebratorio imparable guía nuestras agendas, las actividades son “eventos” sin importar su real magnitud, no hay espacio para perdernos mirando el techo ni para dejarnos confundir por algo que no entendemos. Hoy, si no lo entendemos, no puede ser bueno; y, si no nos divierte, ¡no pasa nada con eso!

Mucho antes que Vargas Llosa, los *situacionistas* -artistas franceses de los 60- denunciaron la “sociedad del espectáculo”. Mientras, Henri Lefebvre sostenía que la cultura se estaba transformando en una fiesta a

la que todos están invitados mientras tengan recursos para acceder a los bienes que esta pone en circulación.

El problema con esto es que la velocidad de sus procesos aumenta cada vez más y nos hace sentir excluidos si no los seguimos, si no conocemos los *trend topics*, si no opinamos sobre lo que está en boca de todos. Así, lo que no nos regala su sentido a la primera, va quedando cada vez más arrinconado. Preferimos entretenernos con la certeza que todos sabemos de qué nos reímos y cuál drama nos tocará el corazón.

¿Y si probamos defender un espacio propio para nuestro aburrimiento? Un resquicio de vida con un ritmo distinto, un campo reservado para la extrañeza, para las ideas y sentimientos que nos incomodan, para las imágenes y textos que se entienden siempre luego, nunca ahora. Para las historias y autores que sólo se dejan comprender y querer al relacionarlos con otros y al conversarlos. Para el placer que te pueden producir una idea, un sentimiento, una fuente de inspiración que llegan a nosotros solo porque estamos atentos a lo desconocido, a lo que no es aún festejado por todos.

## SUMILLA

Obedientes a una sociedad que exige que nos divirtamos a toda costa

Si no lo entendemos, no es bueno; y si no nos divierte, ¡no pasa nada con eso!